

La historia en el mundo moderno y el trasfondo occidental

Jorge Bracho
UPEL-IPC-CIHMBI.
jorbrac59@gmail.com

RESUMEN:

Con la fundación del sistema mundo capitalista se inicia una nueva articulación geográfica y económica de carácter universal. Quienes emprendieron los viajes de la conquista de América no lo hicieron de la misma manera como se había hecho en tiempos anteriores. Lo significativo de estos nuevos emprendimientos fueron las secuelas que legaron. Junto con la presencia colonizadora se fueron fraguando ideas y representaciones acerca del objeto de coloniaje. Aquel sistema fue configurando un saber apegado a los valores del mundo occidental. Los territorios sometidos han venido configurando percepciones acerca del colonizador, sólo que silenciadas en virtud del condicionamiento científico moderno.

Palabras clave: Ciencia, narrativa, historiografía, Occidente.

The History in the Modern World and the Occidental Background

ABSTRACT:

With the emergence of the capitalist world system began a new universal geographic and economic articulation. Those who undertook the journeys of the American conquest did not do it the same way as had been done before. The significance of these new journeys was the sequels they left. Under the presence of colonists certain ideas and representations about the object of colonization were forged, so the configuration of the resulting system was attached to occidental values. As time passed, the submitted territories have been elaborating some perceptions about the colonizer, only that they are silenced due to modern scientific conditioning.

Key words: Science, narrative, historiography, Occident.

Preliminar

El discurrir de la historia en la actualidad estimula a revisar los temas que ha privilegiado, las fuentes con las que se ha nutrido la narrativa documental, el objeto de estudio privilegiado y los sujetos que ha encumbrado con sus configuraciones narrativas. La carga teleológica, clasista y determinista con la que emergió la historia viene siendo objeto de distintas miradas desde dentro y fuera del canon occidental. Dentro, porque quienes cuestionan sus legados, en el mundo moderno, son parte activa de este espacio geo-cultural. Fuera, porque quienes han asumido posturas críticas frente a la historia "erudita" o académica lo vienen haciendo con base en otras áreas del conocimiento, históricamente consideradas fuera del marco conceptual, gnoseológico y epistemológico de la historia.

Identificar y valorar estas críticas se nos presentan hoy como una gran ayuda, en aras de una comprensión más amplia de los modos y estilos de pensar que se han naturalizado por medio de esta última. Sea de forma consciente o no quien trama la narrativa histórica asume una posición ante sus pares y los posibles lectores. También, lo importante radica en la difusión de imágenes, representaciones y configuraciones que tienen correlato en teorías, ideologías y adherencias culturales. Por esta sencilla razón expongo las líneas que siguen. Las que no son más que un acercamiento a nuevas propuestas epistemológicas acerca de la historia como narrativa.

Mi interés radica en la disposición de reevaluar la historia narrada desde la academia eurocentrada y que ha tenido en la *idea* de Occidente su báscula de análisis. No es mi intención acusar, inculpar o señalar entuertos, dislates y equivocaciones. Me atrevo a proponer la apertura de un debate que nos permita establecer otras bases conceptuales de la historia, en la que el estigma político no sea el sendero a flamear, sino una senda que permita un mayor acercamiento al desenvolvimiento nacional, por extensión continental, bajo el influjo del colonialismo y la colonialidad. Y no sólo por la vía de una modernidad modelada de acuerdo con los principios, teorías y mirada occidental.

Liberalismo y ciencias sociales

Con el liberalismo como doctrina política el mundo real concurre con la existencia estatal, el mercado y el ensanchamiento del espacio público. Por ello las tres disciplinas básicas dentro del mundo social fueron las ciencias políticas, que se dedicarían al estudio del Estado y sus avatares, la economía política, consagrada al mundo de las relaciones de producción y el capital, y la sociología, dedicada al estudio del hombre en sociedad. Las tres nacieron con la impronta de las ciencias naturales, su modelo básico de donde asumieron que la ciencia estudiaba hechos y fenómenos signados y regulados por leyes, de ahí que se les denominara ciencias nomotéticas. Esto es, que sólo les interesaba estudiar fenómenos circunscritos en regularidades; así como que sólo se dedicarían al estudio de hechos empíricos y demostrables.

A partir de los estudios realizados por Immanuel Wallerstein¹ es posible inferir que la economía política, las ciencias políticas y la sociología germinaron como respuesta a las limitaciones propias del objeto de estudio y enfoque metodológico de la historia. Las nuevas elites gobernantes, en el siglo XIX, requerían de otras disciplinas que brindaran mayores explicaciones acerca del presente. En vez de una disciplina científica se escogieron tres, las que se asociaron con el mercado, la vida política de los actores sociales y la vida en sociedad de estos últimos. Fue la ideología liberal el sustento teórico de esta división en mercado, sociedad civil y Estado. El punto de vista que primó en esta división disciplinaria fue que estas esferas vitales del mundo moderno estaban sometidas por leyes, las que podían determinarse con el análisis empírico y la aplicación inductiva. De este modo quienes estructuraron las ciencias sociales asumieron la misma perspectiva de análisis de los científicos llamados puros o simplemente científicos. Por ello aquellas tres disciplinas se denominan nomotéticas, es decir, que buscan determinar leyes científicas "... en oposición a la disciplina idiográfica que la historia aspira a ser (esto es, una disciplina predicada en la singularidad del fenómeno social)"².

1 Algunos de los problemas aquí esbozados se encuentran en: Immanuel Wallerstein: *Después del liberalismo*, México., Siglo XXI editores, 1998; *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*, México, Siglo XXI editores, 2001; *Análisis de sistemas - mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI editores, 2005; *Universalismo europeo. El discurso del poder*, México, Siglo XXI editores, 2007.

2 *Op. cit.*, *Análisis de sistemas...*, p. 19.

Desde el siglo XIX las universidades se distribuyeron por cátedras y facultades, de acuerdo con aquella división que se hizo de la ciencia. La filosofía quedó relegada a un plano de menor importancia porque sus inferencias se asociaron con la retórica especulativa. El mundo de la literatura y la poesía quedaron, asimismo, para el trato de los sentimientos, las emociones y lo bello. Nacieron así las dos culturas, una nomotética, la otra idiográfica, en la que los historiadores prefirieron concentrarse. Sin embargo, debe tomarse en cuenta que algunos historiadores, sobre todo alemanes e ingleses, adujeran que la historia humana también se regía por regularidades o leyes de la historia. De igual modo, no debe obviarse la posición asumida por ensayistas de la historia latinoamericana como Justo Sierra, Lucas Ayarragaray, José Gil Fortoul y Laureano Vallenilla Lanz, entre otros, quienes basaron sus configuraciones narrativas en una orientación fuertemente nomológica.

Por la vía del análisis empírico se desechó la intuición filosófica (confundida con especulación), así como las verdades provenientes de la revelación divina. Ya durante las postrimerías del siglo XVIII el divorcio entre filosofía y ciencia se había consumado. Aunque Emmanuel Kant elucubrara acerca de la astronomía, la poesía, la metafísica y la relaciones entre los Estados, el divorcio acaeció de conformidad con la insistencia por parte de quienes defendían las ciencias empíricas. Estos defendieron su postura amparados en la idea de que el único camino a la *verdad* se basaba en una teoría fundada en la inducción a partir de observaciones empíricas, las que se debían cumplir con un método tal que otros pudieran repetirlas y verificarlas.

La universidad moderna surgió al amparo de esta situación epistemológica y conceptual, así como de las bases desarrolladas por la universidad medieval. Mientras en esta la división del conocimiento estuvo marcada por la existencia de cuatro facultades—filosofía, leyes, medicina y teología— la universidad moderna se dividió en cátedras y facultades, durante el siglo XIX la facultad de filosofía se dividió, al menos, en dos facultades independientes. Una tomó para sí el nombre de ciencia, la otra abarcó otros temas comprendidos en humanidades, letras y artes. Desde este instante las “ciencias” establecieron que su interés se concentraba en la investigación empírica, experimental y la comprobación de hipótesis. Las humanidades dirigieron sus elucubraciones a la intuición por empatía o comprensión hermenéutica.

Esta situación se iría haciendo predominante en el sistema mundo capitalista, en el que su periferia adoptaría estas divisiones de modo paulatino. Esta significativa perspectiva deja entrever uno de los elementos relevantes de la mundialización cultural. También, constituye uno de los parámetros esenciales con los cuales funciona y ha funcionado la modalidad de hacer ciencia y su respectivo estatuto epistemológico. En este orden, no deben desdenarse las advertencias propuestas por Picón-Salas hacia la década del treinta del pasado siglo, en la Universidad de Concepción en Chile. En su afán por establecer una teoría de la cultura hispanoamericana, Mariano Picón-Salas proponía la creación de propias formas de acceder al funcionamiento cultural del Nuevo Mundo sin desechar el legado científico europeo;

(...) ya que fuimos países de conquista y estamos en la ruta de la civilización occidental, [es necesario] cargar ese método de nuestra propia sustancia; hacerlo nuestro expresando nuestro contenido... No podemos crear formas con nuestra sola voluntad. Necesitamos la técnica europea, puesto que no existe una técnica mapuche... La cultura como la economía tiende a ser universal... lo que se buscará en nosotros dentro de la gran circulación humana es aquello en que nos diferenciamos (...)³

Uno de los rasgos de verdadero carácter significativo, aunque de fuerte catadura occidental, tiene que ver con la excepcionalidad en términos de identidad cultural hispanoamericana. La que se visualiza en el mestizaje que, de acuerdo con Picón-Salas, no sólo remitía a la circunstancia meramente racial. Un indicador básico de lo que aquí denomino como mundialización cultural estriba en la transculturación. Esta situación, tal cual se colige de lo anotado anteriormente, se va haciendo en el campo de la ciencia, de la que se reclama la universalidad, pero también lo que de particularidad ha de tener, en el seno de un trasfondo cultural que no fue causa de la occidentalidad; pero sí es parte de ella por la vía del gran acontecimiento suscitado a fines del siglo XV.

Desde el siglo XIX los estudios de los historiadores debieron concentrarse en situaciones propicias para ser descritas, identificadas y narradas desde un ángulo verosímil y verificable. De ahí que las fuentes documentales y sólo ellas se encumbraran como una suerte de demiurgo de los hechos históricos. El término técnica, aducido por Picón-Salas, no sólo debe ser adjudicado a herra-

³ Mariano Picón-Salas: *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana*, Caracas, Fundación Celarg, 1977, p. 44.

mientas e instrumentos, sino a un método de trabajo. Que para el caso que llama la atención de estas líneas, se encuentra referido a la ciencia fundada en el mundo occidental. Tenemos así un requerimiento definidor de la cultura, pero no en desmedro de la tradición fundada en Occidente.

El referente historiográfico

En los últimos años se ha venido insistiendo en que la crisis del pensamiento occidental se asocia con una fractura de las formas de representar, imaginar y concebir el desenvolvimiento humano en su devenir. De ahí que sea necesaria la revisión de los parámetros con los cuales se ha medido, estudiado, reflexionado la historia y sus representaciones. A inicios del siglo XX se presentaron una serie de críticas a la narrativa histórica, muchas de las cuales provenían de la pródiga pluma del pensador alemán Federico Nietzsche, quien hizo lo propio frente a la narrativa documental de herencia hegeliana con amplia difusión en el mundo occidental. En 1888, Federico Nietzsche, dio a conocer *Crepúsculo de los ídolos*. En este breve texto diseccionó, de modo bastante crítico, las propuestas historiográficas propias de fines decimonónicos. Una de sus proposiciones era la de acabar definitivamente con la creencia en un pasado histórico del cual los actores sociales pudieran aprender verdades únicas y sustanciales. Un aporte de verdadera relevancia del filósofo alemán es el de haber propulsado una nueva postura historiográfica equidistante con el relativismo, además de haber asentado que la narración histórica se basaba en la interpretación por encima de otras disposiciones⁴.

Más avanzado el siglo veinte, los fundadores de los *Annales*, los franceses Lucien Febvre y Marc Bloch, hicieron de sus escritos un panteón de discusión en torno a la historia y los aspectos inherentes a ella fundados con el positivismo. Una de las características de mayor reconocimiento de la historiografía francesa ha sido su desconfianza y, en consecuencia, su alejamiento de la filosofía de la historia al estilo alemán. Uno de los motivos que avalan esta disposición ha sido el desapego de la filosofía de la historia hegeliana. A partir de esta disposición la historiografía de los *Annales* ha tenido como característica la de colocar en un lugar fundamental al hecho social dentro de una totalidad interconectada, así como la

4 Federico Nietzsche: *Crepúsculo de los ídolos*, Madrid, Alianza editorial, 1973.

de enaltecer la historia dentro del marco de procesos en estrecha relación al lado de estudios en el campo de la historia poco tratados por la historiografía tradicional apegada al dato político, religioso e institucional. La historia en los *Annales* ha tendido hacia la relación multidisciplinaria junto con la combinación epistemológica de la geografía, la sociología y la antropología.

Como se sabe la historiografía moderna nace con Leopoldo Von Ranke, quien superó la filosofía especulativa de la historia de Emmanuel Kant y Federico Hegel para proponer una suerte de filosofía no especulativa de la historia a partir de la sustentación de lo histórico en el documento escrito. La superación estribó en el estatuto epistemológico otorgado al documento en tanto referencia neutral de lo sucedido, porque se pensaba que el mismo no había sido objeto de reelaboración humana. Sin embargo, la visión de la historia en tanto actividad humana siguió supeditada a la decodificación escrita. Con anterioridad Hegel buscaría enlazar los nuevos acontecimientos históricos, posteriores a la Revolución francesa, con la realización del Espíritu. El punto nodal de sus reflexiones se encuentra en el reconocimiento de nuevas situaciones históricas, sólo que fuertemente supeditados a la realización de la libertad en un espacio muy reducido del sistema mundo capitalista, el suyo, el llamado mundo germánico y, por extensión, occidental.

Por otro lado, la historia como disciplina independiente al interior de las ciencias sociales emerge en el siglo XIX, en Francia, Estados Unidos de Norteamérica, Inglaterra, Alemania e Italia. Quizá, el rigor metodológico, la jerarquización, clasificación y sistematización de los estudios históricos fue concebida por los franceses Charles Langlois y Charles Seignobos, vertida en su clásica obra titulada *Introducción a los estudios históricos* publicada en 1898. Fue este mismo trabajo que sirvió de referencia a los fundadores de los *Annales* para proponer diferentes temas, ignorados contenidos y nuevas fuentes historiográficas, con las que proponían desarrollar un inédito modo de concebir la historia más allá de los sucesos políticos, la obsesión por los grandes héroes, la institucionalidad y los logros del capitalismo, por una parte, y, por otra, la elaboración de un sistema teórico y metodológico cuya finalidad sería la aplicación de nuevos principios que guiaran el quehacer historiográfico.

Desde fines del XIX y durante los primeros cuarenta años del XX se fue consolidando una nueva perspectiva histórica en la cual

confluyó la concepción materialista de la historia, la historia social inglesa y la historia no especulativa francesa, para así ir abriendo una brecha a los análisis históricos con una orientación mayoritaria hacia lo social. Las inferencias historiográficas alemanas, en cambio, se han asociado con la filosofía y la teleología, a pesar de los intentos de Carlos Marx y Federico Engels por demostrar que sus inferencias y proposiciones se salían del dintel teleológico y quienes, a partir de Lewis Morgan, establecieron una nueva periodización de la historia basada en la producción material de la vida humana. Para oponerse a la periodización absoluta, fundada en el idealismo y reelaborada por el positivismo de Langlois y Seignobos, los fundadores de la concepción materialista de la historia propondrían una nueva división de la historia basada en los modos de producción y los avatares económicos.

Aunque Marx y Engels mostraron un rompimiento con cierta teleología historiográfica, el sentido eurocéntrico de sus proposiciones continuó siendo parte esencial de una filosofía nacida en el seno del mundo occidental. Lo que quiero significar es que la historia y la filosofía construida desde los espacios poscoloniales y sustentados en las percepciones filosóficas de los centros hegemónicos no lograron deslastrarse de las complicidades expansionistas de la realidad colonial. Esta epistemología, al decretar criterios conductuales universalmente válidos –como clase, conciencia, razón– ha impedido la observación de todas las contingencias que atraviesan lo empírico. Sin embargo, en descargo de Marx, y no tanto de sus epígonos, la tan cacareada muerte del marxismo se refiere a la defunción del marxismo (en cuanto teoría) como expresión de la modernidad. Lo que hasta ahora no ha muerto de acuerdo con Wallerstein⁵ es el marxismo como crítica de la modernidad y de su manifestación histórica, la economía –mundo capitalista. Igualmente, lo que hasta la actualidad no ha fenecido es el afán antisistémico de corte popular que nutre a las fuerzas sociales sometidas por el capital transnacional.

Desde su eclosión como disciplina independiente la historia ha pasado por diversas situaciones de reestructuración, igualmente, ha sido objeto de reflexión por parte de los mismos historiadores y pensadores, filósofos, literatos, poetas, entre otros. En los tiempos actuales la historia viene siendo objeto de reflexión desde diversas perspectivas. Lo que voy a esbozar en las líneas que siguen

⁵ *Op. cit.*, *Después del liberalismo...*, p. 98.

se relaciona con una nueva vertiente del pensamiento, dentro de los estudios culturales, denominada estudios poscoloniales y su asociación con el posmodernismo y el posoccidentalismo. Ya en un par de ocasiones 1999 y 2001⁶ he reseñado lo que la poscolonialidad propone como salida para descolonizar la historia y sus representaciones. Esta nueva vertiente no se detiene únicamente en los temas y contenidos de la narrativa documental, sino que enfila sus análisis hacia las representaciones, símbolos, ideas, valores que la historia ha divulgado a través de sus escritos⁷.

Historia y poscolonialidad

Los estudios poscoloniales enfatizan en lo escrito, lo textual, lo discursivo, de ahí que mi intento se encuentre ubicado en lo historiográfico. Esto es así porque la historiografía, como disposición disciplinaria de la historia, hace énfasis en lo escrito por los historiadores. También, la historiografía busca identificar, analizar, los valores, ideología, concepción de la historia y los usos que se han hecho dominantes en un momento y temporalidad específicos. Esta disposición es útil en tanto deconstruye las mismas representaciones, conceptos y valoraciones divulgadas por las obras de historia en el discurrir. Deconstruir no significa destruir representaciones o categorías con las cuales se ha pretendido medir y controlar el mundo, su significado comprende la reconceptualización y la identificación de las bases epistémico-históricas que han sustentado sus contenidos.

La vertiente del pensamiento a la que me vengo refiriendo se circunscribe dentro de este marco de análisis. Igualmente, su utilidad puede medirse de acuerdo con uno de sus fines inmediatos como lo es la búsqueda de una nueva conciencia de explicación. Esta conciencia intenta la superación de todo determinismo materialista e idealista. De ahí que asuma lo cultural como un espacio de reproducción social, así como el producto de la desigualdad social y el conflicto que se presenta al interior de las sociedades, en don-

6 Para los interesados consultar: Jorge Bracho: "Podrá la historia de Venezuela salir de los umbrales del colonialismo y la colonialidad?", pp. 22-37, en: Sandra Pérez y Oscar Colmenares (ed.): *Los reacomodos del discurso* historiográfico, Maracay, UPEL - CIPOST; Jorge Bracho: "Celebración de la posmodernidad", pp. 209-223, *Relea. Revista Latinoamericana de Estudios Avanzados*, N° 13, Caracas, Cipost - UCV.

7 Debo señalar que las propuestas poscoloniales han surgido entre antropólogos, sociólogos, lingüistas y escritores de la India e inmigrantes en los Estados Unidos de Norteamérica. Hasta donde conozco, los historiadores venezolanos se han mostrado indiferentes hacia las propuestas poscoloniales, al igual que frente al posmodernismo.

de los actores sociales crean símbolos buscando significación a su existencia. Siendo así, la cultura y lo que ella implica es procesada como parte integrante de la producción, circulación y recepción de la vida misma. El proceso productivo no sólo inunda nuestros espacios con productos materiales, también hace lo mismo con las representaciones y la invención de tradiciones, símbolos, costumbres. En este orden, la cultura se entiende como un conjunto de bienes simbólicos y no simbólicos que crean significados.

Desde esta perspectiva el poder cultural es medido por las imposiciones de normas cultural-ideológicas arbitrarias. Arbitrarias porque son creadas bajo el influjo hegemónico y de acuerdo con disposiciones elitescas. También porque legitiman la estructura de poder dominante al ocultar la violencia, las exclusiones, el racismo, el sexismo. La exploración de la cultura a partir del poscolonialismo asume la categoría de apropiación cultural con la que se busca dar cuenta de la estructura desigual de los sistemas de difusión cultural. El capital cultural es apropiado según el lugar que se ocupe en la sociedad y la estructura desigual de la enseñanza. El análisis de las representaciones culturales divulgadas desde y por la narrativa histórica poscolonial concibe el espacio cultural como un ámbito en querrela. Esto es, que elementos que constituyen la historia, como la memoria histórica, no concuerda con un repositorio de verdades únicas e inamovibles. La memoria es un espacio en disputa porque nutre los referentes de la identidad nacional. Estos referentes son tomados de la *realidad* cultural de acuerdo con intereses de grupos sociales emergentes que pugnan por imponer un proyecto histórico, en el que la historia juega un papel de trascendental importancia.

El desconstruir las representaciones que se han esbozado en torno al colonizado, tercermundista, subdesarrollado, consiste en el acercamiento a la diversidad y heterogeneidad latinoamericana. Aunque los estudios poscoloniales tienen su origen en la India, sus proposiciones han llegado a nuestros ambientes académicos por la vía de inmigrantes latinoamericanos radicados en los Estados Unidos de Norteamérica. Sus proposiciones se orientan a la transcripción de nuevas representaciones valorizadoras de una nueva universalidad en la cual el *otro* sea comprendido en su integridad espacial y temporal, más allá de las convenciones establecidas por el *uno* occidental. La vertiente difundida por este último ha representado al *otro* como un sujeto imbuido sólo por la oralidad y, por tanto, propicio para ser estudiado únicamente por la antropología

por encima de la historia. Con este subterfugio lo historiable quedaría sólo para los pueblos que dominaran el código escrito.

La historia, no obstante, ha venido demostrando la existencia de otro tipo de fuentes distintas al documento escrito. Diversos historiadores, amparados en los préstamos y entrecruzamientos disciplinarios, han propuesto nuevas fórmulas para acercarse al tiempo y los cambios en el acaecer, que viene a ser el objeto y definición de la historia. Distintas estrategias metodológicas han buscado con ahínco la asunción de un pensamiento y explicaciones más allá de nichos disciplinarios. Estas estrategias se han orientado de acuerdo con las disposiciones multidisciplinarias y, en los tiempos actuales, transdisciplinarias.

La teoría poscolonial propone, en tanto estrategia metodológica, la complejidad transdisciplinaria. La asunción de esta última es porque supera las propensiones disciplinarias, tal como se evidencia con la multidisciplinariedad y la interdisciplinariedad. Si la primera de estas, apuesta por el diálogo entre disciplinas, sin que el mismo diálogo implique la superación de las especificidades disciplinarias, la segunda, en cambio, va más allá al proponer la fundación de nuevos espacios disciplinares. La transdisciplinariedad tiene una orientación distinta y, por tanto, otro horizonte. Este se caracteriza por el rompimiento de todo orden jerárquico y clasificatorio de las mismas disciplinas. A partir de nuevos planteamientos teóricos se asume el préstamo de categorías, conceptos, modelos, enunciados, métodos, de las diversas disciplinas en el espacio académico.

La ruptura que propone la transdisciplina va dirigida hacia la superación de los nichos disciplinarios. La reconstrucción organizativa del conocimiento establecido en el siglo XIX es la base sobre la que se sustenta esta estrategia de análisis. Desde el siglo XIX el conocimiento se dividió a partir de la bifurcación del pensamiento científico. Todavía hoy somos testigos del fraccionamiento del pensamiento y la cultura a partir de la división histórica entre ciencias naturales, ciencias sociales y humanidades. El meollo de toda esta taxonomía no sólo se remite al conocimiento como tal, sino también a los nichos de poder, y actuación, que de ella emanan. Las cátedras, escuelas, departamentos, no sólo sufren los rigores del antagonismo del pensamiento sino de, quizá lo más dramático, las disputas personalistas disfrazadas de diferencias político-ideológicas.

Una nueva conciencia de explicación debería tender a romper con la forma tradicional moderna de medir el conocimiento. No sólo en la historia la sumatoria y la estructuración narrativa basada en oposiciones ha servido para medir el saber. Desde René Descartes la *realidad* ha sido apreciada como un conjunto antagónico de cosas, conceptos, espacios, entidades. Así vemos como se estructuró, por ejemplo, la noción de nación y todo lo que le es inherente. Los dilemas entre universalidad y particularidad han estado a la orden del día para definir lo cultural, las costumbres y los hábitos de las comunidades nacionales. La misma historia ha sido testigo y protagonista de las duplas antagónicas: antiguo/moderno, presente/pasado, progreso/reacción, con las que se ha pretendido la aprehensión del tiempo y del devenir. Del mismo modo, las mismas han servido para sustentar ideas evolucionistas y unívocas en la historia. Si en el paradigma moderno, el cartesiano newtoniano, se hizo hegemónico pensar la ciencia separada por especialidades, que la naturaleza (humana y *natural*) era aprehensible en su plenitud, que el espacio y el tiempo no eran sino dos situaciones distintas, que la evolución conduciría a una diferenciación cada vez mayor, pero con una tendencia hacia el orden y la estabilidad, que existían leyes físicas inmutables, además de ser materialista, reduccionista, determinista y ajena a la sociedad de donde emergía, hoy nuevas formas de organizar la ciencia y un inédito régimen escópico (miradas, observaciones, representaciones) pugna por superar gran parte de la mundividencia moderna.

El conocimiento sustentado en la dupla antagónica cuerpo/espíritu estimuló una percepción de la cultura como una creación humana opuesta a la *naturaleza*. Muy al estilo de la corriente iluminista dominante todo lo relacionado con lo natural se le apreció como representación estática, salvaje, exótica, pretérita y antigua. En tanto, la sociedad construida, domesticada, se le asoció con cultura. Esta vertiente del pensamiento justificó la concepción relativista de la cultura en la que lo natural se asoció con la falta de dinamismo y movimiento cíclico⁸.

Como bien lo ha establecido Wallerstein⁹, la tríada nacionalidad/nacionalismo, racismo y machismo, encumbrada en el deci-

8 La concepción relativista ha definido la cultura como *todo aquello realizado por el hombre*. Si bien es cierto el carácter democrático de esta concepción, no lo es menos su negación de la naturaleza misma, porque la cultura se aprecia como la más excelsa de las virtudes humanas.

9 *Op. cit.*, *Conocer el mundo...*, 2001.

monono, evidencia el modo antagónico como se ha estructurado el conocimiento y el mundo real. Dentro del ámbito de los estudios culturales la cuestión nacional se ha asumido como parte de la configuración del sistema mundo capitalista y, por ende, como parte constitutiva de la occidentalización masiva. A partir de esta perspectiva la nación y lo que le es implícito se considera como parte del sistema capitalista desde el siglo XVI. Es decir, la nación es parte configurante del sistema mundo capitalista y no simple consecuencia del mismo. Las naciones y su constitución muestran, además, como una forma de pensar el mundo se ha asumido como la realidad en sí misma.

Desde el ámbito de la poscolonialidad la realidad es *definida* como una proposición explicativa elaborada por el sujeto cognoscente. El mundo moderno es testigo clave de la contraposición sujeto-objeto, desde la cual se ha pensado la elaboración de lo que se ha conocido como realidad. Esta se ha definido como lo externo, lo dado, lo propicio para el análisis. Hoy bajo el influjo posmoderno, la realidad se considera parte de las representaciones y reelaboraciones humanas. No es la negación de la existencia de un mundo plagado de actividades, sino el reconocimiento de que lo propuesto en cuanto real se encuentra mediado por lo humano y todo lo que este vocablo implica.

El concepto de *realidad inventada* ha servido para explicar cómo el objeto de la ciencia, como realidad totalizadora, ha sido y es parte de las representaciones del mundo. Nación, nacionalidad, identidad, tradición, caben dentro de lo que pudiera denominarse virtual. La nación, tal como hoy se conoce, no es aquella entidad real unívoca, monolítica y homogénea como fue apreciada por sociólogos, literatos, historiadores y economistas. Las pistas para determinar su carácter imaginado se encuentran en los fraccionalismos étnicos, las desigualdades sociales y la exclusión. Desde este marco pudiera entenderse la nación como algo más virtual que real, ya sea por su carácter intangible o ya sea por el influjo actual de la globalización.

La nación, o más bien, la construcción del *otro* indican la forma cómo el *uno occidental* elaboró representaciones de lo externo a partir de su misma especificidad. Esto es, la elaboración de imágenes propias del colonizador, cuya visión se encuentra plagada de esencialismo por la alta carga de estereotipos que promueve. La representación del *otro* justificó su negación dentro y fuera de los

espacios constituidos desde el colonialismo. Los espacios territoriales establecidos luego de las independencias latinoamericanas fueron el escenario de elaboraciones constitucionales que promovieron un tipo de ciudadanía, que hoy pudiera leerse como una expresión del racismo y el sexismo. El mismo hecho de reconocer como ciudadanos al hombre, blanco, con propiedades y que dominase el código escrito dan cuenta de la forma antagónica cómo cristalizaron las repúblicas de este continente. Antagonismo que derivó en negación del *otro* y hoy en exclusión social.

Posmodernidad e historia

Con la posmodernidad como nueva variante cultural y espiritual lo relacionado con la negación del otro y las exclusiones han pasado a formar parte de la agenda de análisis dentro del espectro de las ciencias sociales. A la luz de esta nueva forma de pensar el mundo se ha enaltecido lo inmediato, lo local, las biografías, a partir de la crítica que se viene haciendo a la razón como totalización y única forma de explicación global. Se puede asumir, de igual manera, que la posmodernidad es un complemento de la modernidad en la medida que delega muchas de sus elucubraciones en la Ilustración, en especial, la tendencia denominada humanista frente a la instrumental. Aunque algunas de sus elucubraciones hayan conducido al extremo el cuestionamiento de todo lo que la modernidad ha implicado. Quizás la respuesta del alemán Jürgen Habermas, respecto a la modernidad como proyecto inacabado, sea la posición más nítida para demostrar cómo el uso de la dupla pasado/presente fue convertida en un nuevo basamento de la historia, porque se piensa el mundo de los hechos brutos en tanto expresión de sustituciones del pasado.

La poscolonialidad pudiera ser apreciada como parte de esta nueva espiritualidad. No obstante, los estudios poscoloniales se diferencian de la posmodernidad no sólo por su origen geo-cultural sino por la orientación misma de sus postulados. Si la posmodernidad ha sido asociada con individualismo extremo, la falta de compromiso político y el pensamiento débil; la poscolonialidad en cambio apuesta por la superación de lo que los posmodernos denominan fin del sujeto. Esto significa, entre otras cosas, un actor social no comprometido con proyectos colectivos. Precisamente los propulsores de la vertiente poscolonial han subrayado la necesidad de volver al pensamiento comprometido como eslabón de acción

para la dinamización de los cambios. Cambios no solamente supeditados a la transformación radical del pensamiento basado en el antagonismo, también el accionar académico y social son parte de este juego.

Por otro lado, del posmodernismo pudiera expresarse, parafraseando a Wallerstein¹⁰ no es posmoderno. Aquel puede leerse como una manera de rechazar la modernidad de la tecnología en nombre de la modernidad de la liberación. Si ha logrado cristalizar en una extraña forma de expresión lingüística es porque los posmodernistas buscan un modo de salir del dominio lingüístico que la ideología liberal impuso al discurso científico social, a saber: el cambio ascendente e inevitable hacia el progreso, sustentado, por una parte, en la evaluación racional de los problemas existentes y, por otra, la evaluación racional preparada por una vanguardia esclarecida con la finalidad de introducir reformas sociales inteligentes.

La desconstrucción de las representaciones epistemológicas modernas busca estimular la no correspondencia, así como la variedad lingüística y la avenencia con criterios de validez enmarcados en contextos plagados de dependencias. Lo que quizás llame más la atención de esta nueva disposición epistemológica "...es el abandono declarado de toda referencia a un *centro*, a un *sujeto*, a una *referencia* privilegiada, a un origen o a una *arquía absoluta*"¹¹.

En otros términos, la posmodernidad intenta hacer de la historia parte de una teoría que sea capaz de elaborar tipologías propias de análisis al desembarazarse de los valores e ideas colonialistas sin olvidar las propuestas metropolitanas. La brecha que se intenta desbrozar es la de comprender el conjunto de representaciones elaboradas desde los centros hegemónicos y que han sido asumidas como propias. Una de las intenciones de esta tentativa pudiera relacionarse con la búsqueda de fórmulas para superar el principio de doble conciencia con el que han vivido y viven los habitantes de los territorios víctimas del colonialismo. El principio aludido se relaciona con el colonialismo interno, es decir, con la diferencia colonial ejercida por los líderes de la construcción nacional desde el siglo XIX. Como se sabe, la conciencia criolla relacionada con Eu-

10 *Op. cit.*, *Después del liberalismo...*, 1998, p. 183.

11 Josetxo Beriain: *La lucha de los dioses en la modernidad. Del monoteísmo religioso al politeísmo cultural*, Barcelona - España, Anthropos - FACES- UCV - Universidad de Navarra, 2000, p. 15. cursivas en el original.

ropa se forjó como conciencia geo-política por sobre la conciencia racial. En cambio, la conciencia criolla, en tanto conciencia racial, se estructuró internamente en la diferencia con la población afro-americana y amerindia. Vemos así como la diferencia colonial se transformó y reprodujo, en el período de consolidación nacional, en colonialismo interno. Colonialismo que hoy bien pudiera ser denominado colonialidad, según lo ha expresado Walter Mignolo. Mientras el colonialismo confluye con períodos históricos y lugares de dominio imperial, colonialidad remite a “la estructura lógica del dominio colonial que subyace en el control español, holandés, británico y estadounidense de la economía y la política del Atlántico, desde donde se extiende a casi todo el mundo”¹². Según el mismo Mignolo la lógica de la colonialidad opera en cuatro esferas de la vida de los seres humanos, a saber: a) económica, que se evidencia en la apropiación territorial, explotación de la fuerza de trabajo y el control de las finanzas; b) política, control de la autoridad; c) societal, control del género y la sexualidad; d) epistemológica y subjetiva, control del conocimiento y la configuración de las subjetividades¹³.

Si bien es cierto que Mignolo milita en las filas del enfoque posoccidental no deja de llamar la atención sus coincidencias con las propias de la posmodernidad. Quizá, su alejamiento de las propuestas posmodernas sea por la asociación de esta última con el eurocentrismo. No obstante, las propuestas posoccidentales se acercan a las propias de la posmodernidad en la medida que asumen que el nuevo paradigma científico es interdisciplinario y global. No se conforma, además, con sustentar la idea de que la realidad se encuentra determinada por factores materialistas únicamente, sino que asume la denominada realidad como parte de una dialéctica entre materia e idea, en la que ninguna de las dos se encuentra determinada en última instancia. Lo cierto del caso es que ella se asume como un componente subjetivo y como expresión de una síntesis plagada de diversidad.

Modernidad, historia, eurocentrismo

Gracias a las propuestas poscoloniales se ha podido visualizar la tesitura de la modernidad modelada, con la que se ha sustenta-

¹² Walter Mignolo: *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*, España, Gedisa, 2007, p. 33.

¹³ *Ibid.*, p. 36.

do las bases de la nacionalidad y la ciudadanía. La característica más relevante de estos procesos se encuentra en la negación del otro. Negación cuya figura emblemática ha sido el eurocentrismo, porque a partir de este modelo se midió el desenvolvimiento civilizatorio, el orden y el progreso como bases de la civilización. En este orden de ideas, según el colombiano Santiago Castro-Gómez¹⁴, tanto la filosofía posmoderna, como los estudios culturales, en donde se incluyen los estudios poscoloniales, perciben la crisis actual de la modernidad, amén de la gran oportunidad histórica que permita rescatar, dentro del mundo de las representaciones, la hibridez, la multiplicidad y la contingencia de las formas de vida veladas por la modernidad en nombre del humanismo y la razón.

Con la modernidad, de igual manera, emergen cambios en la vida de los actores sociales que se asocian con la secularización, el individualismo y las prácticas de la vida cotidiana. Del mismo modo, tal como lo señalé más arriba, el término modernidad indica también un conjunto de cambios en las relaciones sociales. El "descubrimiento de América" se constituyó en un nuevo centro de expansión del sistema-mundo capitalista. El peruano Aníbal Quijano ha expuesto que el vocablo modernidad indica que a partir de este suceso un nuevo espacio-tiempo se configura, material y subjetivamente, esto es:

El concepto de modernidad da cuenta, igualmente, de los cambios en la dimensión material de las relaciones sociales. Es decir, los cambios ocurren en todos los ámbitos de la existencia social de todos los pueblos y, por tanto, de sus miembros individuales, lo mismo en la dimensión material que en la dimensión subjetiva de esas relaciones. Y puesto que se trata de procesos que se inician en la constitución de América, de un nuevo patrón de poder mundial y de la integración de los pueblos de todo el mundo en ese proceso, de un entero y complejo sistema mundo, es también imprescindible admitir que se trata de todo un período histórico¹⁵.

Lo significativo de la poscolonialidad y el posoccidentalismo estriba en la capacidad de reconocer que la realización de Europa no se ejecutó de modo desvinculado del colonialismo. Se trata más bien de reconocer una situación conformada como un sistema, en

14 Ver: Santiago Castro-Gómez: "El mundo ya no es ancho, pero sigue siendo ajeno. Fin de la modernidad y transformaciones de la cultura en tiempos de globalización", pp. 281-345, en: Lander, Edgardo (ed.): *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*, Caracas, FACES-UCV-Unesco.

15 Anibal Quijano: "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina", p. 303, En: Lander, E. (Ed.): *Op. cit.*, pp. 281-345.

el que han existido y existen países, así como regiones centrales y periféricas. Vista así las cosas, la historia es asumida como una unidad conflictiva que se gestó desde el siglo XVI con la expansión de Europa hacia América. Lo que se inicia desde esta fecha, tal cual lo ha propuesto Wallerstein¹⁶, no residió sólo en la fundación de un sistema económico, sino que se comienza a concebir una nueva estructuración del conocimiento, la que cristalizará con la fundación del Estado moderno, la configuración de las ciencias sociales y del orientalismo en Europa y los Estados Unidos de Norteamérica en el siglo XIX. La idea de colonialidad propuesta por Mignolo¹⁷ se aviene con las subjetividades que se conforman bajo el influjo de la epistemología blanca, la que proviene de los centros imperiales. Al amparo de las nuevas subjetividades la modernidad quedó definida, no como un bien moral, sino como “la encarnación de los verdaderos valores universales, del universalismo”¹⁸, una impronta que se selló como un imperativo y una necesidad histórica dentro del sistema mundo capitalista.

Lo que la posmodernidad así como el poscolonialismo disponen teóricamente se encamina en oposición a un discurso moderno cuyo funcionamiento interno se basa en oposiciones binarias, en centralidades y un conjunto de nociones que junto al sujeto moderno acompañaron a los grandes relatos modernos. “La ética de la modernidad es sin dudas el proyecto trascendente de un individuo repleto de sentido colectivo, identificado con una finalidad histórica superior. La modernidad supone una ética teleológica en la que los simples actores sociales adquieren el rango trascendente de *sujetos*”¹⁹. Sujetos que venían, dentro de la cosmopercepción moderna, acompañados de historia, progreso, centralidad, razón, futuro, ciencia, humanismo, técnica y revolución, entre otros. Son este conjunto de categorías las que acompañaron los anhelos de transformación de los discursos redentores de la natural libertad humana. También han demostrado la imposibilidad de los grandes proyectos de corte macroestructural, tanto la poscolonialidad como el posmodernismo refieren la viabilidad de la micro, lo subjetivo, lo contingente, como parte del proceder humano.

16 *Op. cit.*, *Universalismo europeo...*, 2007.

17 *Ibid.*, pp. 33-38.

18 *Ibid.*, p. 49.

19 Lanz, Rigoberto: *Temas posmodernos*, Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1998, p. 28.

Cierre

A partir de las propuestas posmodernas, poscoloniales y posoccidentales se abre un abanico de posibilidades que trasvasan el umbral disciplinario. La herencia decimonónica relacionada con los compartimientos estancos del conocimiento científico no se muestra únicamente por su faz epistemológica, teórica y conceptual. También por las comunidades de pares que se han estructurado al amparo de su atribución. La organización de la ciencia por disciplinas ha derivado en la creación de estructuras administrativas que se han convertido en una suerte de gendarme epistemológico de sus respectivas áreas de influencia. Lo que sin duda estimula percepciones fraccionadas del acaecer y trabas para la superación de mundividencias ingenuas en las que se ha enclausurado el pensamiento simple.

Las teorías de la complejidad de Edgar Morín, así como las propuestas acerca de la incertidumbre de Ilya Prigogine, son emblemáticas respecto a la necesidad de superar escollos metodológicos propios del saber ilustrado que comenzó a hacerse hegemónico en el mundo occidental, al menos desde el siglo XVII. La referencia a la complejidad del sistema mundo no responde a una moda que se ha venido imponiendo en nuestras esferas académicas, más como eslogan que como nuevo proceder científico porque quienes dicen militar en sus filas se constituyen en nuevos claques que fungen de comunidad científica.

Las teorizaciones acerca de la complejidad y las propias acerca de la incertidumbre son afines con el posmodernismo, el poscolonialismo y el posoccidentelismo, en la medida que se oponen al modo cómo la ciencia moderna modeló sus variadas narrativas. Esto es, plagada de centralidad, determinismo, organicismo, racismo, masculinismo, nacionalismo y otros ismos que todavía solemos escuchar entre colegas que se niegan a pensar de una forma distinta al cavilar ingenuo y simple.

La importancia de estudiar nuevos enfoques, miradas o teorías estriba en la posibilidad de encontrar vetas, sendas y caminos que nos brinden nuevo sustento de otras representaciones, en este caso, de la historia. Desde finales de la década de los ochenta de la pasada centuria se ha venido replanteando el problema de la crisis de la historia y la ciencia en general. Para el caso de la narrativa histórica es necesario releer, a partir de sus fuentes originales,

la visión brindada acerca del territorio que hoy conocemos con el nombre de Venezuela y, *a fortiori*, de América Latina. La necesidad viene dada por los imperativos actuales en los que la cuestión social se presenta en nuevo formato, -al lado de las representaciones culturales las cuales requieren salir de los parámetros fijados por la modernidad modelada. No se trata de transitar únicamente la senda occidental, tal como lo pedía Mariano Picón-Salas, sino de hacer visible saberes, símbolos y representaciones oscurecidas por la modernidad triunfante.

En fin, la importancia de análisis descentrados y bajo el influjo de la complejidad y la incertidumbre, contribuirían a salir de los estrechos marcos de una temporalidad y un accionar sustentado en antinomias. De igual modo, ayudaría a entender que la cuestión nacional no estriba en un propósito unitario y sin fisuras. La narrativa histórica sirve de ejemplo para comprender cómo las formas de imaginar teleológicas han traído consigo el poco entendimiento acerca de la cultura y sus múltiples expresiones. La modernidad modelada, en la que Occidente fue convertido en origen y propósito del accionar humano, nos ha llevado a creer que existe *una* historia y no otras historias. De esto se deriva el requerimiento de identificar, analizar y escudriñar en los valores, creencias e ideologías que han sustentado la historiografía moderna. Escudriñamientos, análisis e identificaciones que servirían de base para intentar la superación de verdades relativas e ideologías, y emprender, con ello, nuevos derroteros que hagan posible representaciones más cercanas a los avatares de los actores sociales con supuestos culturales, políticos, religiosos, sociales y económicos. Los que son, al fin y al cabo, condicionantes fundamentales en su actuación diaria.